

Antonio Soler
Sacramento



Galaxia Gutenberg

ANTONIO SOLER

Sacramento

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2021

© Antonio Soler Marcos, 2021
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2021

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 11828-2021
ISBN: 978-84-18807-16-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Manuel Longares

Un muchacho salió a jugar. Cuando abrió la
puerta vio el mundo. Cuando pasó al otro
lado generó un reflejo. El mal cobró vida. El
mal cobró vida y siguió al muchacho.

DAVID LYNCH
Inland Empire

Soy un hijo de Dios y Él debe defenderme de
mí mismo.

SHERWOOD ANDERSON
Winesburg, Ohio

Índice

ANTECEDENTES

La primera vez	13
Alfonso Canales, El Callejón de las Puercas y Negrete	18
El Gran Malke, el Gordo y la Chica de la Cicatriz.	37
Los años que siguieron	54
Margarita V.	62
Pilar Oriente. El álbum	77

EL MAPA

El laberinto	87
Carros de fuego	98

LA HISTORIA. LA NOVELA

El tiempo	117
La velocidad	154
Fisión	181
Gravedad	193
Agujero negro	204
Energía (y una confesión)	214
Los dados de Dios	237
Incertidumbre	246

Línea del mundo	268
Correr junto a un rayo de luz	284
Ondas	301
Entropía	322
Fusión	334
Cuerdas	362
Curva	379
Newton	407
<i>Gratias ago</i>	415

ANTECEDENTES

La primera vez

Rafael Pérez Estrada miraba con un ojo pequeño, concentrado, de color azul acero. Y mientras ese ojo observaba como un aguijón, el otro ojo divagaba abarcando lo que se movía a tu alrededor, lo que supuestamente no tenía importancia. O tal vez ese ojo que parecía distraído mirase hacia dentro de sí mismo con el fin de calibrar y ordenar lo que el primer ojo captaba. Un ojo inquisidor. El otro era un ojo ordenanza. Un ojo hurgaba, el otro, aparentemente, paseaba con las manos metidas en los bolsillos. En cualquier caso, luego lo supe, resultaba evidente la complementariedad entre ambos ojos.

Estábamos a mediados de los años ochenta y hacía muy poco tiempo que conocía a Pérez Estrada. Yo sentía que el ojo indagador me examinaba con escrupulosa atención y que dentro de la cabeza de Rafael había un tribunal que me juzgaba.

Su voz era segura. También envolvente. Tenía un eco de tambor. Resonante. Nos acompañaba un ruido de platos, bromas con los camareros. Yo callaba. No estaba seguro de qué hablaban, él y los otros dos comensales. Rafael Ballesteros y José Ignacio Díaz Pardo. Se proponían publicar una revista cultural y yo iba a estar implicado en ella con algún tipo de colaboración. Así lo había querido Ballesteros. Yo atisbaba la posibilidad de algún ingreso, o al menos de algún mérito que posteriormente se tradujera en algún ingreso. Y por ese motivo estaba allí. Buscándome un porvenir. Era joven por fuera. Por dentro era viejo como una gárgola. Duro e impenetrable como una gárgola. Preparado y acostumbrado a recibir las inclemencias del tiempo.

Hablaban de unos azulejos en las fachadas de algún pueblo de la provincia. Decían que un reportaje sobre esos azulejos sería uno de los trabajos importantes en el primer número de la revista. Debía de tratarse de algo de gran valor estético y de lo que yo no tenía el menor conocimiento. Tampoco lo quería tener. Temí que me encargaran escribir sobre los azulejos. Un pueblo blanco, la tristeza expandiéndose como la vibración de una campana sorda.

Me parecía que yo usaba un lenguaje muy diferente al de aquellos tres hombres. Estaban satisfechos. Pérez Estrada advertía aquella diferencia y por eso, a lo largo de la comida, me preguntó varias veces qué me parecía el proyecto y por qué no hablaba.

Yo una gárgola, él un diamante. En mi interior había penumbra, en el suyo un templo con columnas sólidas, relucientes. Espejos, ángeles esculpidos y laberintos adornados con piedras de las que yo desconocía los nombres, pero no los brillos. Todo eso se transparentaba a través del iris inestable. El otro, el de acero, era impenetrable. Igual que la luz de un faro. Nos ve pero nosotros solo alcanzamos a ver su resplandor si la miramos de frente.

Yo respondía a sus preguntas diciendo que todo me parecía bien, al mismo tiempo que me preguntaba a mí mismo qué estaba haciendo allí. Rafael Ballesteros le hacía ver a Pérez Estrada que yo no había dejado de asentir a lo que se estaba diciendo y que no había que pedirme más argumentos que aquel asentimiento gestual y apenas perceptible. Extraña estatua que a Ballesteros, por algún motivo, le agradaba.

Tal vez le gustase mi prudencia y mi frágil distancia. Puede que esa simpatía también tuviera que ver con una procedencia social parecida, medianamente humilde, frente a la de nuestros acompañantes. Y sin embargo, en esa época, Ballesteros era la encarnación del poder. Miembro de la Ejecutiva Federal del todopoderoso PSOE, diputado, presidente de la Comisión de Cultura y Educación en el Congreso. Años atrás, al inicio de la Transición, lo había visto por los pasillos del instituto en el que yo acababa el bachillerato y al que él había llegado como director, envuelto en una aureo-

la de leyenda. Barba con leves hilos pelirrojos y blancos, ojos extraordinariamente verdes. Voz melodiosamente rajada.

Poeta, participante en el congreso de Suresnes y encarcelado en la Modelo de Barcelona. Las chicas se daban la vuelta susurrando su apellido, «Ballesteros». Si hubiésemos estado unas cuantas décadas atrás habrían necesitado sales ante la presencia de aquel poeta con el que entonces yo no había cruzado una sola palabra y que ahora me protegía de la mirada con rayos X de su amigo Pérez Estrada.

Yo venía del otro lado de la ciudad. El cauce seco del río fue durante mucho tiempo la frontera entre dos pequeñas ciudades. El sótano y la planta noble de un mismo edificio. Donde yo vivía estaba el mundo apelmazado, los barrios lentos que años después retrataría el poeta González Vera.

No tenía una conciencia de clase exacerbada, pero sí tenía una clara conciencia de mi situación personal. Del naufragio familiar que, en su remolino, me había llevado a los límites de una inquietante inestabilidad económica, vital, y que yo había acentuado con mi vocación literaria. Todo lo que no fuese escribir pertenecía a un mundo sin sentido.

Y allí estaba. Restaurante Los Vikingos. En contacto con el más alto linaje que podía encontrarse en doscientos kilómetros a la redonda. Pies de plomo, prudencia. Mis gestos de asentimiento, algún monosílabo para acompañarlos y así intentar levantar la vigilancia del ojo perezestradiano. Cuidar que los hilos invisibles que me unían a Ballesteros no desaparecieran por el mismo ensalmo con el que habían aparecido. Estar atento, cuidar cada movimiento y cada palabra. El cuchillo en el agua. Respirar. Existir. Eso quería.

No estaba seguro de existir para Díaz Pardo. Tal vez me considerase un accidente pasajero. Un capricho de Ballesteros. Yo a él lo tomé por un eslabón desgajado de una clase social que lo mantenía un par de palmos despegado del suelo. Estuve tentado de mirar bajo el mantel, por ver si su silla estaba en contacto con las baldosas.

Era él quien iba a escribir sobre los famosos azulejos. Juvenal Soto lo iba a hacer sobre un extraño edificio de la ciudad. Juvenal, el hermoso corsario. El poeta genéticamente maldito y en ese momento ausente. Tal vez por algún impedimento amoroso, por alguno de sus arduos trabajos de sábanas.

Y de pronto oí por primera vez hablar de él. Don Hipólito. Su nombre lo dijo Ballesteros.

«Hemos pensado», se sonrió, «hemos pensado que tú podrías escribir sobre don Hipólito. Qué te parece.» Mi cara sin signos a modo de respuesta. «Tú puedes sacarle partido, ese mundo oscuro, enrevesado, un artículo largo con ese personaje, del modo que lo quieras enfocar.» Mi silencio y mi desconcierto.

«¿Sabes quién era don Hipólito, has oído hablar de las hipolitinas?», Pérez Estrada me preguntaba. El ojo de acero ahora ligeramente reblandecido, quién sabe si apiadado, porque yo ya no asentía. Me costaba disimular el abatimiento. Curas, azulejos, la cuenta de esa comida por pagar, los cálculos de mi cartera.

«No, nunca.» Solo. Gárgola. Entreví la habitación donde escribía en casa de mi madre, el sofá de escay con una raja en el brazo. Mi retorno con las manos vacías al interior de aquel cascarón ya demasiado cuarteado, con su naturaleza protectora erosionada por el ácido que yo mismo desprendía. La mesa camilla, la estantería de pino con los libros. Kafka, Onetti, Faulkner. Otros mundos, y el mundo real alejándose. Y yo allí quieto. El atleta. «No, nunca.» Nunca he oído hablar de él. Ni quiero, podría haber dicho.

Díaz Pardo excusaba mi ignorancia, «Es lo que yo pensaba, Soler es muy joven y de don Hipólito no habla nadie. Vosotros y algún morbosos, si yo sé que existió es por vosotros, pero desde que vivo aquí no he oído a nadie ni una puta vez decir su nombre».

Un cura, unas beatas. ¿De eso tenía que escribir? ¿Haber escrito una novela corta sobre la desolación y la noche me vinculaba a ese mundo?

«Este Hipólito, en los años cincuenta, formó una especie de congregación», Pérez Estrada hablaba con la barbilla levemente en alto. Podría pensarse que era una manifestación de autoridad. Con

el tiempo supe que era un muro de defensa. «Menéndez Pelayo, en la *Historia de los heterodoxos españoles...*»

«Unos dicen que se follaba todo lo que se movía, otros que era un santito», Díaz Pardo parecía divertido, cansado de las formas mantenidas hasta ese momento.

Pérez Estrada continuó hablándome de Menéndez Pelayo y del iluminismo, los alumbrados, esa secta mística surgida casi cinco siglos atrás en el corazón de Castilla y cuyos miembros actuaban movidos únicamente por el amor a Dios. Aquellos monjes se abandonaban sin control de la Iglesia a la inspiración divina. Eran libres para interpretar los Evangelios y encontrar por sí mismos los caminos que acabarían por conducirlos a la pureza suprema. Dios dictaba su conducta y, guiados por ese dedo omnipotente, no podían pecar ya que cada uno de sus pasos provenía del Cielo.

Ese abandono de la voluntad en manos del Creador y del instinto propio, fue llamado dejamiento. Sus seguidores empezaron a ser conocidos como los dejados. No se consideraban obligados a ayunar, ni a rezar en voz alta como era preceptivo, y menos aún a usar cilicios con los que ahuyentar las apetencias de la carne y hacerse heridas purificadoras. Naturalmente, fueron considerados heréticos. Incluso sobre Teresa de Jesús cayeron las sospechas de ser una alumbrada, una iluminada. Hubo autos de fe.

«Gente campando a sus anchas, recogiendo las florecillas del bosque que encontraban a su paso», apuntaba Díaz Pardo y Pérez Estrada lo completaba:

«Emancipados del cerrojo de la Iglesia.»

«Y don Hipólito...» Ballesteros había aguantado con paciencia la narración que conocía perfectamente.

«Después de siglos aparece don Hipólito. Aquí, en la iglesia de Santiago, hace treinta y tantos años aparece este cura que manejando a su conveniencia los argumentos de los alumbrados, formó una especie de congregación, involucrando hasta al Vaticano. Esa es la historia», concluyó Pérez Estrada.

«¿Te gustaría escribirla?», Ballesteros.

Alfonso Canales, El Callejón de las Puercas y Negrete

Esa fue la mañana en la que un vecino de la segunda planta bautizó aquel lugar como El Callejón de las Puercas. Lo hizo con un megáfono.

El tipo se asomó a su ventana, situada tres pisos por debajo de la que yo ocupaba para escribir, y de distintos modos repitió que era indignante vivir en aquel lugar hasta hacía poco decente, modesto pero decente. Habían convertido aquella callejuela trasera del edificio en un tremedal. Faltaba el decoro, no había higiene, la educación era un enigma desconocido por el vecindario, las mujeres sacudían las alfombras derramando el polvo sobre los viandantes o la ropa tendida, los hombres eran hijos del abandono, jerarcas de la basura. Y hay niños, niños que reciben sobre sus cabezas la podredumbre de los miserables. Las alfombras pulverulentas, decía el megáfono guiado por la desesperación. Las alfombras pulverulentas derraman miasmas y de ellas, además de polvo, caen insectos alados. ¡Y hay niños!

El hombre tenía un buen vocabulario.

«Cada cual arrojaba», decía, «lo que no querían en sus casas, lo sucio, nunca lo bueno, era el retrato de todos ellos ese afán por arrojar las sobras, mondas, aguas, sobre la ropa tendida, sobre la educación y la urbanidad. Sobre su coche, una mañana y otra. Una mañana y otra había encontrado sobre su R-12, ese que está ahí, el verde, restos de tortilla que por la noche los desaprensivos escupen o tiran por la ventana, como en una corraleta, el parabrisas con huevo derramado y gachas de patatas amarillas. Una mañana y otra, con insidia. Y él callado, hasta hoy, resignado, hasta hoy. Vo-

sotras sois las mujeres modernas, vosotras sois esto que sois y nada más que esto, puercas, ¡y hay niños!»

Aquel hombre ya no soportaba la inmundicia espiritual y física de aquel vecindario que había convertido ese humilde espacio en El Callejón de las Puercas. «Ya solo falta que le pongáis una placa con ese nombre. Pídanla al ayuntamiento, pedid y se os concederá», decía, «ese que tenéis colgado en las paredes, en tantas paredes, algunas que estoy viendo desde aquí, crucificado, en estampas, en escayola, ¿y los demás qué? ¿Los demás no sufrimos?» Hubo un silencio, se escuchaba una rayadura, un quebranto eléctrico en el megáfono. Y volvió a hablar. «Callejón de las Puercas. La placa. Bautizado, ya está bautizado. ¿Estáis contentas? ¡Y hay niños!»

El hombre esperaba la respuesta del vecindario enmudecido, y volvía a enunciar aquella pregunta, ¿Estáis contentas? Yo, a medio vestir, mirando entre los visillos, solo alcanzaba a ver medio círculo del megáfono. Ni una mano, ni el asomo de una cabeza. Era la mañana en la que Alfonso Canales me esperaba. Un cura, una revista. Esta opereta.

En la fachada de enfrente, apenas a unos diez o doce metros de distancia, yo observaba a todos los que se habían asomado al oír las voces, igual que cuando venían los gitanos con la cabra y tocaban la trompeta mientras uno se revolcaba sobre un trapo con cristales bajo la mirada condescendiente del vecindario. Una mirada magnánima. La reconfortante sensación de ver a otros situados unos peldaños por debajo en la interminable escalera de la desgracia.

Pedigüeños. Los gitanos, yo, el hombre del megáfono. Levantando la mirada y pidiendo. Como aquella anciana de *La señora Dalloway* frente al metro de Regent's Park. *Had dam co enm, da tum dul mir*, podía haber dicho. Su perorata del megáfono iba a tener el mismo efecto en ese tribunal que desde sus cocinas, salitas penumbrosas, dormitorios con muebles que parecían sacados de una funeraria, asistía impertérrito a su discurso. Yo entre ellos. Audiencia impasible. Y hay niños.

No sé a qué se refería el hombre. Yo jamás había visto a ningún niño en aquella callejuela trasera, solo algún coche aparcado, un trozo de tierra baldía. Esos niños a los que aludía vivían en el interior del hombre del megáfono. Eran un fantasma, la imagen del desvalimiento bautizando aquella arquitectura de suburbio. El suburbio era yo, el callejón, el edificio era yo, todo aquello vivía dentro de mí, me perseguía. Aquello era lo que yo quería arrancar de mí con mi megáfono silencioso. Escribiendo. Huir, como un iluso que corre queriendo dejar atrás no ya su sombra sino los latidos de su corazón. Lo que lo alimenta.

Ese era mi mundo y esa era la mañana en la que yo, siguiendo la recomendación de Pérez Estrada, iba a ir a ver a Alfonso Canales para que, desde su condición de abogado del obispado, me diese alguna clase de información sobre el cura Hipólito y su extraña historia.

«Si le sacas algo a mi primo Alfonso habrá que condecorarte», me había dicho Pérez Estrada.

«Él lo sabrá todo», Díaz Pardo.

«Otra cosa es que quiera hablar», Ballesteros.

«Aquí os quedáis, en vuestro Callejón de las Puercas», se despedía el vecino del megáfono. Abrí la ventana y me asomé temiendo que aquella despedida fuese el anuncio de un suicidio y que, como las miasmas o los restos de tortilla, el hombre fuera a estrellarse contra el suelo. Pero no, solo alcancé a ver un antebrazo oscuro y fino, venas de alambre, y el asomo de una cabeza de pelo apelmazado y canoso antes de desaparecer en el interior del edificio. No hubo amago de suicidio. No habría sido la primera vez.

Dos o tres años antes mi hermana y yo estábamos apoyados en el vano de esa misma ventana, hablando de los caminos de Swann. Con vistas a aquel crucigrama de ventanas y cierres de aluminio hablábamos de las ninfas del Vivonne y de la iglesia de Combray cuando oímos la voz destemplada de una mujer y en la fachada de enfrente, a la altura del primer piso, vimos asomar a un hombre enchaquetado y presuroso. La voz de la mujer venía tras él.

Quedaron en el aire las cábalas sobre la delicadeza o la sumisión que movían a Françoise por los gritos de la mujer. Cuatro pisos por debajo de nosotros y a tan solo uno del suelo terroso del callejón, el hombre de la chaqueta se lanzó al vacío, si es que puede llamarse vacío a los tres metros que lo separaban de la corteza terrestre.

Fue un golpe seco, al que siguió un instante, apenas medio segundo, de profundo silencio. La mujer que perseguía al aspirante a suicida asomó al balcón por el que el otro acababa de caer y mi hermana y yo temimos que fuese a seguirlo, como si de pronto allí se hubiera implantado una sucursal del suicidio masivo de la Guayana, acontecido poco tiempo atrás. Pero, no. La mujer se detuvo, se agarró con fuerza a la baranda y lo único que hizo fue reanudar su griterío. Primero en un tono bajo, estremeciéndose como si de la baranda procediera una fuerte descarga eléctrica, y luego en una escala cada vez más aguda.

Curiosamente, nadie acudió a las ventanas. Mi hermana y yo estábamos allí enmudecidos. Combray *disparue*. La mujer miraba hacia arriba, buscando el alma del hombre, que yacía en el suelo inmóvil. Una y otra vez la mujer repetía, Ha llamado, ha llamado a la puerta, ha entrado y se ha tirado, se ha matado, ha llamado al timbre, ha llamado a la puerta y se ha tirado, no sé quién es, no lo conozco, ha llamado y se ha tirado.

Aburrido de la monserga, el hombre abrió los ojos, miró unos instantes el rectángulo de cielo que había sobre nosotros y se incorporó. Se levantó no con la torpeza y las dudas de Lázaro sino como quien sigue una costumbre y se levanta al escuchar su nombre en el ambulatorio. Se calló la mujer, más impresionada por la naturalidad del desconocido que por haber llamado a su puerta y haberse arrojado desde la humilde altura de su balcón.

El hombre, bajo, escuálido, se sacudió el polvo de las mangas y de las perneras, y se fue. Se fue caminando apaciblemente por el callejón y dobló la esquina dejándonos todavía sin habla a mi hermana y a mí.

No sé quién es, la mujer, desde abajo, nos hablaba excusándose, desvinculándose de aquello que acababa de suceder o tal vez pi-

diéndonos algún tipo de explicación como únicos testigos del episodio. Y solo entonces, solo cuando esa mujer nos miró y luego miró al lugar donde había caído el hombre, mi hermana y yo rompimos a reír, nerviosos, temblando como había temblado la mujer que ahora nos miraba con la boca abierta, tal vez pensando que formábamos parte de la performance.

Las lágrimas de risa, la incredulidad, Swann y sus marquesas desvanecidos, la mujer del primero agarrada todavía a su baranda como un pasajero de tercera en ese buque, en ese edificio con mil ojos de buey que zarpaba con un crujido sordo hacia un puerto siempre desconocido, siempre entre brumas e icebergs propicios para el naufragio.

Y allí estaba yo unos cientos de días después. En mi mundo. Miré el reloj. Alfonso Canales era un auténtico maniático de la puntualidad. Pasé el cepillo por los zapatos, gastados. La camisa de discretas rayas. Pantalón azul marino. El uniforme de explorador. La calle. Y aunque no estuviera recién vuelto de la India, también podría decirme a mí mismo, como el inefable Peter que siempre estuvo enamorado de Clarissa Dalloway, *Soy un aventurero... un rebelde romántico, indiferente a todas esas estúpidas mercancías exhibidas en los escaparates.*

Sí, allí estaba mi indiferencia obligada hacia todo lo que se mostraba detrás de las vitrinas, esa norma, esa austeridad que exasperaba y deprimía a la chica de la cicatriz en la boca. Tan lejos de mí estaba ella como la prometida de Peter Walsh lo estaba de él. Estábamos a años luz, ella con su cicatriz aumentando la mueca de disgusto, y, sin embargo, yo siempre buscándola, deseándola, y luego rastreando el olor que dejaba en mi ropa, en mis dedos.

Escaparates modestos, maniqués de plástico, calle Mármoles adelante, Tribuna de los Pobres, calle Compañía, paso lento, acompañándome con el reloj. Calculando. Calculando los pasos y las palabras. Alfonso Canales me había comunicado por teléfono sus horarios milimétricos. Horas laborables medidas con pulcritud, minutos exactos para el tránsito hasta su casa, los treinta pa-

ses del minuterero para la comida, la siesta especificada, la lectura cuantificada, las llamadas telefónicas sometidas al rigor del cronómetro.

Los minutos que iba a dedicarme no sé si estaban tasados como jornada laboral o pertenecían a los quince minutos de descontrol que probablemente se permitiese cada jornada. Subí las escaleras del palacio del Obispo.

El bigote de Canales estaba descrito en mil novelas con su procesión de disciplinadas hormigas y su tiralíneas. La calva era poderosa, la frente metálica y el perfil un busto de último curso de Bellas Artes. El rictus era severo, la boca muy amarga. Y, sin embargo, me recibió con una sonrisa, solo de dientes, pero sonrisa al cabo. Se levantó del sillón con almohadillado de terciopelo y madera obispal, labrada, y me tendió la mano. Él llevaba chaleco de lana, chaqueta de espigas doradas y verdes. Un campo al atardecer contrastando con mi camisa veraniega.

Le asomaron los dientes al volver a tomar asiento. Me miró con curiosidad. El incipiente escritor. Uno de esos fuegos artificiales que de vez en cuando aparecían en la provincia emitiendo su pequeño destello antes de tomar el camino de bajada y desaparecer para siempre por detrás de aquel bello horizonte marítimo que se lo tragaba todo. Me interrogó con los ojos, preguntándome solo con ellos qué quería a pesar de que en la conversación telefónica le había apuntado el motivo del encuentro. Don Hipólito.

Cité a su primo Rafael Pérez Estrada como aval y él levantó una esquina de la boca a modo de sonrisa, una mueca que ponía en duda el valor de la moneda que yo llevaba. Le expuse el proyecto. El artículo largo sobre lo que había sucedido con aquel cura. Contar los hechos del modo más aproximado a la verdad. El poeta me miraba con rictus voluntariamente momificado. Aunque no lo tenía, le pegaba a aquella boca y a aquella mirada tener algún diente de oro. Me acordé del megáfono. Del hombre que se arrojó desde el primer piso de una casa que no era suya.

También, dije, quiero dejar constancia de que, averigüe lo que averigüe, hay personas que afirman que todo lo que se dijo sobre

don Hipólito no fueron más que calumnias, una falsedad que acabó con una vida honrada. La boca se le cerró despacio. Sé, continué, que para muchos era un ejemplo de entrega a los demás, tan desinteresada que incluso pudo despertar sospechas extrañas.

«¿Sospechas extrañas?» Creo que Canales no había oído nunca eso en referencia a don Hipólito. El busto cobró una expresión humana. Por aquella cara vi cruzar los restos de un muchacho, el hombre joven y sonriente de otro tiempo, olvidado en beneficio de la aridez.

Sí, le respondí. Sospechas extrañas. Y él recobró el hieratismo mientras me escuchaba con atención.

«La sospecha de que pudiera tener ideas no bien vistas en la época. No quiero decir que fuese comunista ni nada parecido pero sí que mantuviera un compromiso social, algo, quiero decir, algo que iba más allá del concepto puramente cristiano. Cosas que al final hicieron de él un mártir. Y que la Iglesia, queriéndolo o sin quererlo, de algún modo se convirtió en cómplice de quienes lo calumniaron.»

Volvió la sonrisa amarga. Los ojos también podían haber sido descritos en un sinfín de novelas de ese cartón piedra que el propio Canales tanto detestaba. Dos brasas oscuras, dos destellos de alquitrán, dos pozos insondables.

«No, eso no fue así.»

«¿No fue así?»

Metió su labio inferior dentro de la boca.

Me estudiaba de un modo muy distinto a como lo había hecho su primo Rafael. Los ojos de Canales trabajaban al unísono. Estudiaba a aquel muchacho recién llegado de ninguna parte (del Callejón de las Puercas, podía haberle aclarado), habiendo escrito una novelita que su primo Rafael y sus amigos jaleaban, un tipo con pinta de buen chico que quería meter la nariz donde no hacía falta.

Sonrió. Sí, estaba delante de un buen chico. El chico que hace los recados de los jefes, de los que remueven el vertedero en busca

de tesoros. El chico bueno que ha elegido los malos consejeros, con su camisilla de verano, ahora que ya soplaba el otoño, con sus modales comedidos. Un chico tal vez listo pero inofensivo. La gárgola vieja, la piedra y el moho quedaban escondidos bajo una piel de veintitantos años y unos ojos aniñados.

«No fue así», y me sonrió, con generosidad, con simpatía verdadera. «Las cosas son más complicadas. Siempre es así.»

«Sus seguidoras, para ellas fue un mártir.»

El campo otoñal de su chaqueta sufrió un dulce seísmo. Canales se encogió levemente de hombros.

«Lo peor, lo más duro para esas mujeres, según dijeron ellas, es que la Iglesia se doblégó a los intereses de quienes lo denunciaban.»

«No fue así. Nadie se doblégó ni colaboró con nadie. Todo es más complicado de lo que parece. Se hizo justicia.»

«Fue castigado. Eso parece que deja claro que lo que se dice sobre él fue cierto, ¿no?»

Alfonso Canales pegó aún más la espalda al sillón. Se pasaba la lengua por los dientes. Tal vez pensara que el chico de los recados era algo más que un atolondrado cartesiano que no sabía separar la curiosidad de la delicadeza.

«Hubo una pena expiatoria», añadió.

Me sonrió con algo parecido a la franqueza y aspiró profundamente. Por muy torpe que yo fuese debía entender que la visita había terminado y que los quince minutos de expansión de ese día habían sido generosa y largamente malgastados conmigo.

El librero Pepe Negrete tenía una cabeza cubista. Frente bifronte no por ser múltiple sino por valer por dos. Testa convexa en la que cabían medio mapamundi y todos los volúmenes alineados en doble fila de su librería. Su cabeza, como la de Alfonso Cana-

les, también era propicia para el busto. Pero en vez de mármol o bronce el material de la suya estaba destinado al barro, a la arcilla de los caminos con la que están hechas las imágenes de la gente sin pedigrí.

Apóstol, profeta del Apocalipsis Cultural. Los ojos de Pepe Negrete tal vez tuvieran un tamaño normal, pero aparecían reducidos por sus gafas de cristal grueso y por la comparación con el amplio frontón que le presidía la cabeza. Ojos inquietos correteando por detrás del cristal de las lentes como dos enanos bailando detrás de un escaparate. Tenía la voz débilmente cascada y poco propensa al humor. Normalmente era ácido, como la vida había sido con él y lo sería hasta el final, cuando años después y con un sonido fúnebre, solemne, hincó la frente portentosa en la barra de un bar de la barriada de Santa Paula, mientras esperaba que le sirvieran el café de la mañana, y murió.

Su sonrisa, en cambio, era limpia y no tenía el menor rastro de sulfuro. Esa mueca abierta era el acompañamiento espontáneo al saludo cuando uno aparecía por el estrecho umbral de la librería y Negrete saltaba de la silla en la que leía o contemplaba la quietud metafísica de sus zapatos esperando la irrupción de algún cliente, de algún amigo. Pequeño, veloz como su lengua y sus pupilas, se acercaba con la mano extendida, fría casi siempre y siempre fina. Mano de doncella melancólica. Romántico más en la vena trascendentalista de Ralph Waldo Emerson que en la de Manzoni, había conocido personalmente al tal Hipólito.

Autodidacta, hombre hecho a sí mismo. Anunciador de catástrofes culturales que serían el prólogo de otras mayores, sociales, políticas. Su librería había sido en los penúltimos años de la dictadura refugio para los libros prohibidos y sus lectores. El establecimiento en sí se encontraba en la primera planta, porque la baja, además de garita del centinela Negrete, en realidad no era otra cosa que un portal con un pequeño mostrador, como de conserje, en el que Pepe dictaminaba si el libro que andabas buscando estaba descatalogado o no. Sabiendo uno que descatalogado significaba que en ese momento no había ningún ejemplar en su negocio.

Solo después de trepar por una escalera estrecha se llegaba a la librería. Suelo irregular, luz dudosa. Libros elegidos, espulgados con criterio entre la marea editorial, por aquel entonces todavía de dimensiones humanas. Más allá de los libros se encontraba el Museo Negrete. Curiosidades literarias que iban desde daguerrotipos a alguna edición rara, libros dedicados y objetos pertenecientes a escritores.

Entre esos objetos, lo más curioso y seguramente lo más íntimo, eran una falange proximal y un metatarso del pie izquierdo de Salvador Rueda. Negrete los había recogido en no sé qué traslado mortuorio del poeta. Él y cuatro fieles asistieron a aquella exhumación que, según contaba, fue chapucera. «Como si en vez de los restos de un Poeta estuvieran moviendo los huesos del puchero, los dejaron allí tirados, porque se salieron del cajón, no hay Civismo, no hay Educación, y esta siempre será una ciudad de salvajes, los huesos de un Poeta tirados por el suelo, que uno, le vi la intención, uno de los que llevaba la caja, fue a apartarlo con el pie, dónde está la Dignidad.»

Cuando Negrete hablaba se le notaban las mayúsculas con la misma facilidad con la que se percibían en los viejos libros aquellas letras altas, envueltas en yedra al comienzo de un capítulo. Así que allí estaban aquellos dos huesecillos con una etiqueta escrita a mano que certificaba la pertenencia al ilustre autor de *La cópula*.

Huesos del pie (izquierdo) de don Salvador Rueda (Benavente, 1857-Málaga, 1933) q.e.p.d. el resto de su cuerpo y su alma.

«Hamburgueserías, eso sí que hay, ahora todo el mundo a las hamburgueserías.» En los últimos tiempos de Pepe Negrete las hamburgueserías se convirtieron en la encarnación del mal, sin que uno acabara de entender de dónde provenía esa obsesión ni qué clase de antro pensaba él que era una hamburguesería. A su modo, Negrete usaba su propia megafonía para señalar el desdoro en el que vivíamos, el Gran Callejón de las Puercas que era la ciudad, es decir, el mundo entero.

Enfrentado a un mar de nubes y riscos cortantes, este humilde sucesor del hombre retratado por Caspar David Friedrich era un

monje cultural, un activista que lo mismo aconsejaba libros que hacía de coche escoba fúnebre recogiendo huesos de santos literarios. Depositario de recuerdos, de la memoria de esa ciudad que odiaba y amaba a partes iguales. Y desde allí, desde la ventana que daba luz a su Museo o Muestrario de la Devastación, se veía la fachada de la iglesia de Santiago Apóstol, la parroquia de la que había sido titular don Hipólito.

Por primera vez veía la iglesia sabiendo someramente quién era don Hipólito. Era un día de sol y a pesar de ello la luz se quedaba aplastada en los ladrillos rosados de la parte alta del edificio. La torre, más cansada que vieja, se apoyaba en el cuerpo principal de la iglesia. Detrás de esos muros había ocurrido todo. O nada.

Bajé la escalera estrecha y empinada de la librería. Le entregué a Negrete el libro que había cogido. Heinrich Böll. *Billar a las nueve y media*. Seix Barral, segunda edición, 1972. «Alemán», me dijo Negrete mientras me aplicaba su amistoso descuento. Y mientras intercambiábamos monedas miré hacia la entrada. Al otro lado de la calle, apenas a diez metros de nosotros, estaba el portón de la iglesia con sus conchas peregrinas incrustadas en la madera.

Le hice la pregunta en un tono casi afirmativo.

«Usted conoció a don Hipólito.»

Negrete me miró como si le hubiera comunicado que al salir de allí me iba directo a una hamburguesería. Se le pararon los ojos detrás del cristal blindado de las gafas. Casi le desaparecieron.

Duró poco su prevención. No. Yo, el muchacho amable que le compraba libros desde que era barbilampiño, no podía haber caído tan bajo como esa gente que todavía iba rebuscando entre la basura para empañar la memoria del pobre sacerdote.

«Me casó. Fue él quien me casó», me dijo como si aquel dato fuera el certificado máximo de la honradez de don Hipólito.

«Ah. No lo sabía. Él, lo.»

Dio los cinco o seis pasos que nos separaban de la calle para estar más cerca del templo de Santiago y que así todo tuviera visos

de mayor autenticidad. Salimos. Me señaló el portón, los herrajes, las conchas peregrinas, el asomo de la carcoma.

«Ahí, ahí me casó. Un hombre buenísimo.»

«Ya.»

«Sí, pues eso. Más que bueno, buenísimo.»

«Lo que he oído...»

«¡Lo que has oído es mentira!», los ojos no se le achicaron. Incluso le aumentaron un poco de tamaño. Y se quedaron inmóviles, casi pegados al cristal de las gafas.

Una vena verdosa, un río apenas dibujado un momento antes en el gran espacio de su frente, apareció en aquel mapa que no tenía otro accidente que el de su vaporoso y negro tupé. Aguas profundas emergiendo, calumnias, un tiempo oscuro y doloroso. Pocas veces, quizás ninguna otra, vi así de dolido a Negrete. Las hamburgueserías y los lamentos sociológicos eran una bilis largamente asimilada por su organismo, pero aquello era indignación pura.

«Todo mentira, te lo digo yo.»

Yo miraba el portón. La podredumbre de las larvas haciendo su trabajo. *Hylotrupes bajulus*. Yo convertido en un posible xilófago devorando la madera, perforando la memoria de un hombre honrado para cumplir la venganza o el resentimiento de otros.

«No dejes que te engañen», Negrete parecía haber adivinado el rumbo de lo que rumiaba.

«No, Pepe, yo no.»

«¿A cuento de qué viene ahora preguntar por él? No dejes que te engañen. Las cosas que yo escuché entonces, mentiras. ¿Y ahora una revista? ¿Una revista? Que lean el *Diez Minutos*.»

Estábamos al sol, yo repartía la mirada entre el suelo y la parte baja de la iglesia.

«¿Y qué te han dicho?»

«Lo de las hipolitinas, las mujeres, he hablado con Alfonso Canales.»

Nueva sorpresa, casi un aspaviento:

«¡Él no te ha dicho eso!»

«No.»

«Claro que no.»

«Tampoco lo ha negado.»

«¡Qué!»

Yo estaba más sorprendido que él. Cuando a lo largo de la conversación con Canales supe que Pepe Negrete había conocido al cura di por hecho que lo tendría por un enemigo de la ilustración, por un hamburguesero espiritual.

«¿Y qué vas a contar? ¿Que hacía eso ahí, unas orgías, como Nerón?», me señalaba la iglesia con su frente monumental. «Peor que Nerón porque Nerón era, pero él. ¿En eso te vas a entretener?»

«Escribiré lo que averigüe, Pepe, y si no.»

«¿Qué les intoxicaba la mente?»

Mujeres desnudas en la losa fría. La oscuridad de la iglesia.

«Si no averiguo nada, no escribo. Y si averiguo que es como usted dice, pues.»

«Quien te ha encargado eso no va a querer que digas que don Hipólito Lucena era una buena persona. Esos son como el personaje aquel de *La Regenta*, ese alcaiduchó que decía que era enemigo de los curas porque así creía probar su liberalismo con poco trabajo. Textual. Mira si lo tengo presente. ¿Te acuerdas de ese personaje, allí en el casino?»

«No.»

«Clerófobos, decía Clarín. Unos listos. Y al final el que acaba manchado eres tú. Eso que lo sepas. Los que te hayan contado la basura esa se quedan muertos de risa, como el gamberro que manda a un niño a hacer la fechoría, pero tú. El que se mancha es el que pone allí su nombre, y te puede caer de todo, no te creas que. Te lo digo por tu bien.»

«Ya, Pepe, yo no tengo un interés, me han contado que esa historia estaba ahí, nada más.»

Negrete se había humanizado. El río verdoso que le había cruzado la frente volvió a su cauce subterráneo.

«¿A ti te han hecho algo, tú tienes algo contra los curas? Yo no he visto que seas un quemaconventos. A mí no me ves en una igle-

sia más de, o cuando muere un cercano, pero lo otro, hombre. Hay una tendencia que parece que eres más inteligente si arramblas con ciertas cosas, la Iglesia por ejemplo. ¿Qué pasa con todos esos que están por África o en el Amazonas cuidando enfermos? ¿Eh, te han hecho algo, tienes algo contra ellos? ¿La represión y todo eso?»

Me acordé del padre Isidoro en el colegio. Su cicatriz en el cuello, la piel abrasada. Decían que había sido legionario y eso le daba a la cicatriz un aire mítico. Tenía aliento a sótano. Me pasaba la mano por el muslo, alabando mis pantalones. Me hacía fotos, subido a un árbol, mirando una probeta en el laboratorio de química. No pasó de eso, no me causó ningún trauma, aparte del aliento. Era relativamente amable. El Minicura, padre Justé o Fusté, con cara de filipino y dientes salidos, me golpeó algunas veces en la cabeza con su silbato metálico, ningún problema. Y el otro cura al que podría haberle reprochado algo era un joven con gafas ahumadas y ataques de furia, pero nunca la emprendió conmigo, se limitó a ser una tormenta que, podríamos decir, solo me turbó los oídos con las bancas volcadas, el ruido de las bofetadas que soltaba a mi alrededor y el gimoteo de los compañeros que como árboles tronchados caían a su paso. Ningún problema tampoco.

«No, estudié con los agustinos, en general fueron buenos, había uno, el padre Manrique, que enseñaba literatura con mucho interés y era.»

«¿Entonces?»

Negrete me cogió del brazo, de vuelta al interior de la librería.

«¿Te vas a meter en una cosa tan delicada sin tener tú una motivación, de escritor verdadero? Una cosa que va a hacerle daño a personas que sufrieron mucho, no te puedes imaginar, hay mujeres a las que acusaron de lo peor y todavía viven. Como si no hubieran tenido bastante.»

«Antes de escribir voy a.»

«Donde más daño podían hacerles, imagínate, un corazón en carne viva, alguien que les había ayudado tanto y apedreado en público, y ellas como fulanas de la calle. Créeme, fue muy desagra-

dable y sobre todo muy injusto. Mucho. Desde un punto de vista humano, dejando la religión aparte, te hablo desde un punto de vista humano fue tremendo de desagradable.»

«Ya», suspiré.

«Y ahora, después de muerto, que su hermana todavía vive, ni siquiera dejarlo en paz.»

«Ya veré, Pepe», cogí el libro. *Billar a las nueve y media*. Arquitectos construyendo iglesias y otros demoliéndolas. Ser prudente, cobarde, libre, medir, medrar, tener un corazón de viento, romper cadenas, viajar hacia lo más lejano, ir más allá del horizonte, no amoldarse, no resignarse, arriesgarse, huir de las humillaciones, dejar atrás la mediocridad. ¿Qué significaba escribir? ¿Qué significaba escribir para mí en aquel tiempo? «Ya veré, Pepe.»

«Piensa lo que te he dicho. ¿Has cogido el?»

«Sí», le mostré el libro, negro, con bolas de billar dibujadas de diferentes tamaños. Carambolas, jugadas fallidas.

«Ya me dirás si está bien, es alemán», me sonrió, levantó un poco aquella frente de científico loco.

Era un hombre bueno. Sentí mucho desconsuelo cuando me enteré de su muerte y lo imaginé en aquel bar de la barriada de Santa Paula, con la cabeza –sí, su frente portentosa– hincada en el mostrador, escoltada por unos vasos con restos de café frío y unos cuantos sobres de azúcar de propaganda. Las gafas rotas y los ojos fijos en el menú del día. Verdaderamente, en esa ocasión el tópico se hizo realidad y todos en la ciudad, incluidos la falange y el metatarso de Salvador Rueda, quedamos un poco más huérfanos.

Bajé por la calle Granada, dejando atrás la iglesia del pecado o del suplicio, la bruma erótica de ese tal Hipólito Lucena del que hasta apenas cuatro días atrás desconocía su existencia. Y caminando por la acera estrecha, esquivando transeúntes y viendo pasar por mi lado la oruga lenta de los automóviles, decidí no decidir nada por el momento. Dejar que pasaran los días. El ojo inquisitivo de Pérez Estrada, el amparo de Ballesteros, la revista futura, el hierático Canales, la vehemencia de Pepe Negrete y el cura con su séquito de adoratrices, todo podía esperar.

Podía esperar y esperó durante muchos años. Y en ese tiempo, mucho después de que el librero muriera, encontré en el periódico un dato que me resultó curioso. La mujer de Pepe Negrete, María Zayas, con la que él soñaba retirarse en su vejez a su casita de los montes como un módico Montaigne, era hija del sacristán de la iglesia de Santiago en el tiempo en el que Hipólito Lucena había sido el párroco.

Recordé la ardiente defensa que Negrete me hizo del cura y también recordé a su mujer, tantas veces sentada en un taburete al lado de su marido en el portal de la librería. Silenciosa y afable, aunque con una ceja siempre preparada para alzarse por encima de la otra y transformar su cara en inquisición. Los ojos grandes, maquillados detrás del cristal de las gafas. El pelo, con el color de un mueble viejo pero recién barnizado, recogido en una especie de vistoso cruasán en la parte alta de la nuca. De estatura baja, acorde en eso con su marido aunque no en las ganas de hablar ni tampoco en el afán lector. No conocía el género que se vendía en el establecimiento. «La tienda», llamaba a la librería. Faldas gruesas, medias del color de su pelo, zapatos romos, uñas rojas que, como el maquillaje ocular, remitían a una mujer diferente de la que se sentaba en el humilde taburete mirando con indiferencia a los maniáticos que acudían allí en busca de libros, siempre en busca de lo mismo, como si su marido se dedicara a una especie de timo en el que continuamente caímos unos cuantos ilusos.

La hija del sacristán. Y recordé, recordé saliendo de la bruma, la voz de Negrete diciéndome, Que no te oiga María hablar de eso. *Eso* era don Hipólito, las hipolitinas que tal vez habían salpicado la honra de su padre, como encubridor o como un ingenuo que no se daba cuenta de lo que ocurría delante de sus narices. Tal vez vilipendiado él también. Mártir de segunda el sacristán. Que no te oiga María hablar de eso. La defensa del santo Hipólito, la desesperación de Negrete. Cuántos ataques, cuántas murmuraciones habría tenido que rechazar en defensa de su suegro, de su mujer, de sí mismo, el pobre librero.

Al leer esa nota en el periódico me recordé a mí mismo en aquel tiempo ya lejano, cuando acababa de conocer a Pérez Estrada y a Ballesteros. Don Hipólito y su historia. La neblina que borraba los contornos de la memoria y mezclaba el recuerdo con lo intuitivo y lo imaginado, e incluso, con lo deseado. El camino de la mentira, la invención que se solidifica como algo real. Y en ese vaivén aparecieron unas frases que Pérez Estrada había leído a lo largo de aquella comida en Los Vikingos. Las llevaba anotadas en un cuaderno, eran unas líneas de Menéndez Pelayo sobre los alumbrados y que mucho tiempo después pude volver a leer en ese mismo cuaderno de Pérez Estrada: «Eran gnósticos y pretendían saber ellos el camino de la virtud...».

También yo en aquel momento lejano, cuando era un escritor incipiente, quería conocer por mí mismo el camino a seguir. Ya fuese el de la virtud, la decencia podría llamarla Negrete, o el de mi conveniencia. Una ruta esta última que tampoco se me mostraba demasiado clara. Enredarme en asuntos que tal vez no remontasen el vuelo más allá de un aleteo provinciano o seguir como hasta entonces por mi camino solitario, sin muleta de revistas, prebostes y vikingos.

En cualquier caso tuve claro que lo mejor sería dejar que pasara un poco de tiempo, y si finalmente decidía escribir acerca del cura intentar averiguar algo más sobre lo que pudo haber ocurrido treinta años atrás. De ser verdad lo que Pérez Estrada y sus amigos decían, y que en cierto modo Canales había dejado entrever con su sinuoso asentimiento, el deseo había sido el motor de todo aquello. Un impulso revestido de santidad o simplemente falseado para ocultar su verdadera naturaleza.

Lo mejor era seguir con mi vida. Y seguir con mi vida significaba encerrarme durante el día en aquella habitación asomada al Callejón de las Puercas. Leer durante horas echado en el escay del sofá y escribir en la Valentine roja unos relatos largos en los que regularmente aparecía un tipo llamado Machuca y que entonces, por capricho, identifiqué físicamente con don Hipólito, sin haber visto ninguna foto del cura ni conocer otra descripción suya que la

que Ballesteros había hecho en Los Vikingos. Corpulento, sanguíneo, con poco pelo.

Leer, escribir y esperar que lo que escribía pudiera cambiar mi vida. Fantasía, artimañas de vago, desorientación. Puede que hasta depresión. Cada una de las personas que me rodeaban calificaba mi conducta del modo que le parecía conveniente, con la salvedad de mi madre, que dedicaba varios términos a aquel periodo de mi vida. Constancia, voluntad, determinación. Y la palabra mágica. Trabajo. Algo que para quienes me sabían tumbado en un sofá con un libro o tecleando una máquina de escribir con demasiada parsimonia, no podía estar asociado al trabajo ni a nada que tuviese el menor carácter positivo, productivo. De modo que con sus palabras más o menos veladas, con sus miradas e incluso con sus sonrisas, originaban un eco sordo que no dejaba de acompañarme y contra el que no había otro antídoto que la propia escritura. La conquista diaria de unas cuantas palabras. Un círculo vicioso que yo trataba de romper mirando los anuncios por palabras del periódico.

En esas ofertas de trabajo había algo que podía arrastrarme hacia el fondo de un abismo. Aquellas palabras telegrafadas estaban cargadas de un remordimiento que se atenuaba cuando después de una lectura pormenorizada no encontraba ninguna oferta relacionada con mis presuntas cualidades o formación. Un respiro que duraba veinticuatro horas.

Acudía a las entrevistas de trabajo con un deseo doble y divergente. Ser seleccionado y no. Normalizar mi situación o que me permitieran seguir por mi camino. Conseguía pasar algún filtro, acudía a una segunda consulta o era descartado en la primera y volvía a sentirme libre y al instante demasiado libre y al instante cercado por una alambrada invisible, encauzado a un pasillo que me devolvía a la habitación del sofá con el brazo rajado, a mi Olivetti Valentine, a mí mismo.

Aunque había decidido postergar al cura Hipólito, a veces se producían recordatorios directos o indirectos de su existencia. Y volvía a plantearme la posibilidad de escribir sobre él. Lo pensé en

los largos insomnios de aquel tiempo, en esa noria nocturna donde los pensamientos se alargan y el mundo se estrecha. Observando a través de los visillos de mi habitación la fachada borrosa del edificio de enfrente, los pozos de las ventanas apenas dibujados en la oscuridad. Y ese trozo de cielo negro por el que a veces vagaban unas nubes espesas, como si en algún lugar cercano hubiera un incendio devastador.

También barajaba esa posibilidad mirando la negrura del horizonte mientras corría por el paseo marítimo. Porque, si bien dedicaba los días a leer y a pulsar las teclas de mi máquina de escribir, las noches se dividían de modo casi matemáticamente alternativo en dos actividades diferentes pero que de forma inevitable desembocaban en ese insomnio pertinaz que solo era capaz de vencer en las últimas horas de la madrugada, cuando todo parecía detenerse por un instante en las calles desiertas para dar paso al anuncio de la luz.